RECREACIONES HERMÉTICAS

Anónimo del Siglo XIX

Las Recreaciones Herméticas y los Escolios son dos textos franceses del mismo autor anónimo. Fueron escritos probablemente en los primeros años del siglo XIX. La obra ocupa los folios 1039-1064 del manuscrito clasificado como:

- Ms. 362 de la Bilblioteca central del Museo Nacional de Historia Natural de París.

Este manuscrito constituye el último de cinco volúmenes que pertenecía originalmente al alquimista Jean Vauquelin des Yveteaux (1651-1716). Después de su muerte, los volúmenes pasaron de mano en mano hasta llegar a las del químico Eugene Chevreul (gran estudioso de la alquimia). Durante ese lapso de tiempo un desconocido propietario, alquimista y adepto, redactó sobre las últimas paginas en blanco del quinto volumen la obra de la que nos ocupamos. Los dos textos son indudablemente de la misma mano, como testimonia la identidad de la escritura y el uso de una misma terminología.

Las Recreaciones Herméticas y los Escolios han permanecido en su forma original manuscrita hasta muy recientemente. No ha sido sinó hasta los últimos años del siglo XX que han aparecido publicaciones de estas obras:

- *Récréations Hermétiques, in Deux traité alchimiques du XIX siècle*, présentation et commentaires par B. Husson, L'Omnium Littéraire, Paris 1964, pp. 237-258.
- *Récréations Hermétiques, in Anthologie de l'Achimie*, avertissement, introduction et commentaires par B. Husson, Belfond, Paris 1971, pp. 301 - 321.
- *Cent cinquante scholies, in La Tourbe des Philosophes*, 1981, XIV, pp. 34 - 43 e XV - XVI, pp. 47 -56 (La Tourbe des Philosophes, es una revista).

En 1992 aparecen las dos obras juntas en un único volumen de Gilles Pasquier, que le hace preceder de un amplio estudio introducctivo.

- G. Pasquier, *L'entrée du labyrinthe ou Introduction à l'Alchimie suivie des Récréations hermétiques et des Scholies, deux manuscrits d'alchimie du XIX siècle*, Editions Dervy, 1992, pp. 91 156.

Tanto las Recreaciones Hermeticas como los Escolios son dos obras particularmente caritativas en el ámbito de la literatura alquímica. Todas las fases de la Gran Obra son descritas con (comparativamente) gran claridad, sin transmutar ni cambiar el orden correcto de las operaciones. En este sentido podemos hablar de dos obras muy didácticas y esclarecedoras, de una síntesis bien ordenada de todo el proceso alquímico.

Fulcanelli no desconocía la existencia de este texto del que habla en el Misterio de las Catedrales, tambien Canseliet deja constancia de su existencia en la Alquimia explicada sobre sus textos clásicos.

La traducción que presentamos se la debemos al Sr. Castillo (del que no podemos aportar más datos) y es la única que hemos podido encontrar en español.

RECREACIONES HERMÉTICAS

Al igual que todas las cosas, las ciencias sufren las vicisitudes del tiempo y en vez de crecer, degeneran. Los hombres hábiles, aceptados en todas partes, han sembrado el desorden en el extenso campo de la imaginación y su producto han sido las flores más curiosas: estas flores han tomado finalmente tal importancia que los mejores libros y los mejores discursos parecen no tener valor si no están adornados por ellas.

La ciencia de la que derivan todas las demás, la de la Naturaleza, ha caído en tal descrédito que hoy se tacha de ridículos a todos los que se sabe que están dedicados a ella.

Se pretende resolver todos los problemas por medio de las leyes de la afinidad; los Elementos ora son multiplicados, ora aniquilados y quienes los admiten sin restricción son colocados, junto con los que han tratado de ellos, en la fila de los ignorantes o de los hombres sin sentido.

Sin rechazar las afinidades, base de la nueva Filosofía química, las considero cuando menos inútiles como objetivo a alcanzar por un verdadero amigo de la verdad. Oigo hablar aquí del conocimiento de las causas primeras sobre las que debe basarse toda ciencia y que se aparenta despreciar, como cierto Zorro de la fábula, que intentaba coger unas uvas que no podía alcanzar: por lo demás estas leyes de la afinidad que los sabios modernos valoran tanto, aunque de ninguna forma conducen al manantial de nuestra admirable fuente de vida, están lejos de ser objeto de nuevos descubrimientos: hago una llamada a todos los que entre ellos tienen buena fe, y al menos eran reconocidos por los hechos, cuando aún no lo eran por las palabras.

Los Elementos tienen un *Centrum Centri* que no todos pueden ver; además, tienen un *Centrum Commune* al que los pretendidos sabios no intentan acercarse, por temor de desvelar su bajeza. (la luz).

Este calor cáustico, acompañado de luz, vulgarmente llamado fuego, no es el Elemento de este nombre, del cual los sabios han querido hablar. En esta circunstancia se toma los efectos por la causa y se va más lejos que los retóricos, que por lo menos toman la parte por el todo.

El fuego es un fluido eminentemente sutil, que procede directamente de la luz y al que unas veces se le llama Eléctrico, otras Galvánico o Magnético, etc., según las diversas modificaciones, o más bien, es la luz misma derivada de su fuente y de la cual permanece separada. No es frío ni caliente, y el calor o el frío no son en absoluto cuerpos, a pesar de lo que dice M. Azais, sino simples efectos del movimiento o del reposo.

El movimiento solo produce el calor con todas sus consecuencias, buenas o malas, en función de lo que cada uno está en situación de aplicar; y el fuego, por razón de su mayor sutileza es también propio para recibir la impulsión y conmutarla a los otros cuerpos.

El Aire, el Agua y la Tierra no son más que las consecuencias inmediatas y sucesivas de la formación del fuego. La Luz, separada de su foco, acumulada por pérdida de movimiento y comprimida por una nueva y continua emisión de su sustancia, se da a sí misma diferentes formas, según hemos distinguido. En el lenguaje, las más simples de estas formas se han

llamado Elementales.

La Luz, principio de vida y de movimiento, puede ser considerada como el acto único de la creación; todo lo demás no es más que su consecuencia. Esto es lo que ha querido mostrar Hermes cuando dice en su Tabla de Esmeralda: «Lo que está arriba es semejante a lo que está debajo, y lo que está debajo es semejante a lo que está arriba para hacer, por medio de estas dos cosas el milagro de una sola cosa.»

El Todo en todas las cosas de B.V. no es más que una cita abreviada de esta proposición y de la verdad que encierra, reconocida por todos los sabios de la antigüedad, el Universo que significa la unidad cambiada o trastocada ha recibido de ella su denominación.

Incluso puedo citar en apoyo de mi aseveración al Evangelio de San Juan, donde se dice «la luz estaba en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron»; pues su aplicación moral no hace más que justificar el hecho que le ha servido de base.

Más bien que elementales, las sustancias gaseosas y aeriformes son de naturaleza caótica y se invierten fácilmente en los Elementos a los que más se parecen. Los Meteoros de cualquier clase, sin exceptuar los aerolitos o piedras de Aire, se originan de ellas; sin embargo su forma es completamente aérea y evidencia cómo todas dependen de este Elemento. Pero, como no es ORO todo lo que reluce, tampoco es aire todo lo que tiene la ligereza y la apariencia de aire: esta denominación pertenece al Médium (Medio), del que estas sustancias mantienen su forma.

El Agua, incluso la de lluvia y la de Rocío, no es más que un compuesto de sustancias gaseosas a las que el fuego y la acción de la luz han dado la forma de agua, pero es la forma y no la sustancia lo que hay que considerar aquí como Elemento, pues entiendo por forma lo que ocasiona el vínculo y que hace también esto con todos los cuerpos, incluso el vidrio.

La Tierra que cultivamos tampoco es el Elemento que le hacemos representar. De hecho, no es más que un gran montón de desechos de los cuerpos de los tres Reinos en vías de destrucción; es acertado decir que contiene algunas porciones de la tierra primera y elemental, pues independientemente de la que incesantemente le suministra el agua, toma de ella, por sí misma, la forma, de su diaria destrucción. Así, el fin de todas las cosas se parece a su comienzo y la muerte se convierte en el principio de una nueva vida: esto es lo que los antiguos han reconocido y experimentado y lo que nos han representado bajo la forma de una serpiente que muerde su cola, para perpetuar su recuerdo.

Por tanto, cuando lea algún tratado de la antigüedad sobre el estudio de la Naturaleza, no entienda por elemento las sustancias crudas, indigestas y mortíferas que acabo de indicar; por el contrario, búsqueles el *Centrum Centri* por medio de algunos procedimientos ingeniosos de vuestra propia cosecha, pues los sabios así lo quieren, tanto para impedir los abusos como la profanación de esta ciencia, por medio de la cual la sociedad podría ser trastornada y aniquilada. Por tanto, no tema entregarse al estudio de nuestra ciencia y esfuércese todo lo posible en los razonamientos para profundizarla y conocer sus misterios, ya que es el único modo para salir del laberinto en el que quizá puede estar ligeramente introducido. Sobre todo, no espere prueba alguna de nuestras declaraciones, pues nadie intentará proporcionársela: quiero hablar de esta prueba irrevocable que proporciona la experiencia, pero ya que otros la han adquirido por los únicos medios que le doy a usted, no pierda la esperanza en el éxito; yo me atrevo incluso a garantizárselo si se decide a seguir mis consejos y a no alejarse de ellos: pues yo le enseño la vía recta y

quiero librarle de los pasos equivocados, de los que el camino está sembrado por doquier.

«Volved a los elementos, -dijo Aristóteles- y encontraréis lo que buscáis» Esta proposición es una de las más importantes que hayan puesto en movimiento a los espíritus, y cada uno se ha puesto a la búsqueda de una materia prima para llegar a esta meta, pensando que los Elementos aislados no podían conducirle allí, mientras que un cuerpo que estaba completamente compuesto de ellos y aún en su estado de simplicidad, era el único que se podía razonablemente emplear para buscar el punto de perfección. A fuerza de buscar, algunos por fin lo han encontrado: pero al no encontrar nada en la Naturaleza capaz de disolverlo, pese a su simplicidad, y no pudiendo extraerle los elementos por ningún otro método, se les ocurrió subir hacia su fuente común; habiendo bebido en ella, llegaron por fin, felizmente, a la meta de su designio.

Por lo tanto, esté seguro de que sin el agua ígnea compuesta por la luz pura del Sol y de la luna le será imposible vencer los numerosos obstáculos que se multiplicarán incluso a su vista, cuando intente el paso del famoso Estrecho que conduce al mar de los sabios; este agua que algunos llaman con razón «espíritu universal» y que el Inglés Dikinson ha dado a conocer suficientemente, es de una virtud y penetración tan grande, que todos los cuerpos que son tocados por ella vuelven con facilidad a su primer ser.

Ya he dado a conocer que no era el agua de lluvia ni de Rocío lo conveniente para esta operación; añadiré ahora que tampoco es el agua de una especie de seta llamada comúnmente *Flos Coeli* o *Flor del Cielo* y que se confunde muy impropiamente con el *Nostock* de los antiguos, sino un agua admirable extraída con astucia de los rayos del sol y de la luna. Y diría aún que las sales y otros imanes que se emplean para extraer la humedad del aire no sirven para nada en esta circunstancia y que solamente el fuego de la Naturaleza se puede aquí utilizar de forma útil. Este fuego encerrado en el centro de todos los cuerpos necesita un cierto movimiento para adquirir esta propiedad atractiva y universal que os es tan necesaria y no hay en el mundo más que un solo cuerpo donde se encuentra con esta condición, pero es tan corriente que se le encuentra en cualquier parte donde vaya el hombre; por esto estimo que no os será difícil de encontrar.

Bruno de Lanzac, autor del comentario sobre la obra titulada *La lumière sortant des ténèbres (La luz que sale de las tinieblas)* dice sabiamente que el fuego vive del aire y que hay que buscar el Azufre de los sabios en los lugares donde más abunda el aire, porque él llama a este agua, indiferentemente, azufre o mercurio, ya que contiene a ambos y goza de sus propiedades. Sin embargo, no hay que tomar estas palabras completamente al pie de la letra. Recomiendo solamente seguir atentamente a este autor cuando, revisando los Reinos de la Naturaleza, hace una demostración precisa del empleo y la utilidad de este elemento para el mantenimiento de cada uno de ellos. Este capítulo bien meditado será una gran ayuda para los aficionados a la ciencia y no puedo comprometerlos demasiado a hacer de él el objeto de un estudio peculiar.

Dije que la luz era la fuente común, no solamente de los Elementos, sino también de todo lo que existe y que todo debe referirse tanto a ella como a su principio. El Sol y las Estrellas fijas que nos la envían con tanta profusión son como sus generadores; pero la Luna situada intermediariamente, atemperándola con su humedad, le comunica una virtud generativa por medio de la cual todo se regenera aquí abajo.

Todo el mundo sabe hoy que la luz que nos envía la luna no es más que la que recibe del Sol, a la que viene a unirse la luz de los otros astros. Por consiguiente, la luna es el receptáculo u hogar común del que todos los filósofos han oído hablar: es la fuente de su agua viva. Por tanto, si usted quiere reducir a agua los rayos del sol, elija el momento en que la luna nos los transmite con abundancia, es decir, en el plenilunio o muy cerca de él: de esta forma tendrá el agua ígnea de los rayos del Sol y de la Luna en su mayor fuerza.

Pero aún hay que cumplir determinadas disposiciones indispensables, sin las cuales no se obtendría más que un agua clara e inútil.

No hay más que un tiempo apropiado para hacer esta cosecha de los espíritus astrales. Este es cuando la Naturaleza se regenera, pues en esta época la atmósfera está completamente llena del espíritu universal. Los árboles y las plantas que reverdecen y los Animales que se entregan a la acuciante necesidad de la procreación nos hacen conocer particularmente su benigna influencia. La primavera y el otoño son, por consiguiente, las estaciones que debe usted elegir para este trabajo; pero sobre todo, es preferible la primavera. El verano, debido a los calores excesivos que dilatan y expulsan este espíritu, y el invierno, debido al frío que lo retiene y le impide exhalarse, no son apropiados para el trabajo. En el Mediodía francés el trabajo puede comenzarse en el mes de marzo y retomarse en septiembre; pero en París y en el resto del país no puede comenzar antes de abril y la segunda savia es tan escasa que sería perder el tiempo ocuparse de ella en otoño.

Hay que saber ahora que la influencia astral se hace sentir preferentemente hacia el Norte; que hacia el Norte señala constantemente la aguja imantada y que también hacia el Norte ponen su gran empeño los fluidos Eléctrico, Galvánico y Magnético y por lo tanto, hacia esta región dirigiréis vuestros aparatos, pues la experiencia ha demostrado que hacia cualquier otro lado no se puede encontrar este espíritu.

También es necesario que el cielo esté limpio y que no haya viento en absoluto; tan solo el frescor agitado de la noche, pues sin esto no se obtiene más que un espíritu muy débil e incapaz de actuar.

Se puede comenzar el trabajo tan pronto como el sol se ponga y continuarlo durante toda la noche; pero hay que parar al amanecer, pues su luz dispersa el espíritu y no se recoge más que una flema inútil y nociva.

Hasta ahora los Filósofos han mantenido estas cosas muy en secreto; no han hablado de ellas más que muy veladamente y siempre de forma alegórica. D'Espagnet, el Cosmopolita y algunos otros hicieron ingeniosas descripciones de la primavera.

Nicolás Flamel, para designar la región del Norte finge un viaje a Santiago de Compostela, de donde vuelve con un médico judío converso que, después de haberle enseñado las mayores particularidades de la obra, murió en Orleáns, donde se le enterró en Santa Cruz.

Vemos en el cielo la *Vía Láctea*, que discurre desde el sur hacia el Norte, donde forma dos ramas cuya dirección es variable debido al movimiento de la tierra y cuya variación sigue la brújula. Esta vía láctea es llamada vulgarmente «El Camino de Santiago», porque así la llaman los peregrinos y porque ella les sirve de guía durante la Noche durante su gran viaje; también es la guía del filósofo Hermético, quien la reconoce en el sur, donde ella tiene su origen, y la sigue hacia el Norte, donde está su Desembocadura. El médico judío

convertido es el Mercurio que encuentra en su camino, y que, como es sabido, revela todos los secretos del arte, cuando se es poseedor de él. Flamel lo designa como médico porque purga los metales de su lepra y porque es ciertamente una medicina. Lo hace un judío convertido porque la Luz tiene su fuente en Oriente y porque hace de ello un uso acertado. Por último, le hace morir en Orleans y enterrar en Santa Cruz para anunciar su fijación: lo que la Cruz, al señalar los cuatro puntos Cardinales de la atmósfera, muestra más positivamente. Por tanto, es una mentira del autor del libro titulado *Hermippus Redivivus*, tendente a acreditar su imbécil sistema, como la cita que hace del pretendido viaje de N. Flamel y que se atreva a apoyar la relación que de ello le fue hecha por dos Adeptos que decían ser sus amigos y afirmaban su dilatada existencia.

B.V. hace decir a Adolfo, saliendo de un subterráneo de Roma y manteniendo en la mano el pequeño Cofrecito de plomo que contenía el símbolo parabólico del viejo Adán: «En mi extremo arrebato miré hacia mediodía, donde están los cálidos leones y después me giré al Norte, donde están los Osos»

Saint Didier, autor del *Triomphe Hermétique (El Triunfo Hermético)*, en su *Lettre aux disciples d'Hermès (Carta a los discípulos de Hermes)* dice que «el estudio de esta ciencia es como un camino en el arenal, donde hay que saber guiarse por la Estrella del Norte».

Esta estrella siempre ha sido considerada como la guía cierta de nuestra filosofía y es la que condujo a los pastores al Pesebre donde reposaba el Salvador del mundo. Hay unas obras tituladas *L'Étoile ou philosophe du Nord*, pero el abuso que se hace de este emblema por un excesivo número de autores con seudónimos, para darse relieve y hacerse valer, lo han cubierto de tanto descrédito que ha perdido mucho valor.

Sepan, no obstante que siendo el espíritu astral el padre putativo de la piedra, hay que recoger una gran cantidad de él. Esta cosecha no puede hacerse de una sola vez, por esto se empleará todo el tiempo que dure el trabajo, que es tres años, por lo menos; pues no hay que atenerse a lo que dicen los autores respecto a los tiempos, no estando sus discursos más que tejidos de enigmas o de alegorías de los que ya daré explicación en otro lugar. Volvamos al principal Sujeto de la Filosofía.

Todos los sabios están de acuerdo en decir, y es una verdad incontestable, que la obra se hace de una sola cosa a la que no se añade nada extraño y de la no hay que quitar más que las inmundicias y lo superfluo. Así se expresa B. Trevisano, y su discurso, tomado de los filósofos que le han precedido, ha sido sostenido y repetido unánimemente por todos sus seguidores.

Muchas personas que han entendido mal esta unidad de la piedra ponen en un vaso al que llaman «un huevo filosófico» una sola materia de su elección y la mantienen al fuego de una lámpara u otro que imaginan, y esperan así vanamente su disolución. Otros hacen amalgamas y no son más sagaces. No hacen progreso alguno por muchas razones, siendo las principales las siguientes:

1 Trabajan sobre materia muerta y cuando lo hagan sobre el verdadero sujeto de la filosofía, no se le proporcionan el vaso y el fuego.

2 Ignoran que, desde el comienzo y hasta el fin del trabajo, nuestra materia es doble; quiero decir que tiene un agente y un paciente sin los que no habría acción alguna en el vaso; que el agente hace el papel de macho y el paciente el de hembra, y que ambos juntos, aunque separados por su Naturaleza, no constituyen más que un solo cuerpo,

llamado a tal efecto *Rebis* o dos cosas en una.

3 Por último, su trabajo es completamente de sentido inverso al de la Naturaleza, pues no saben ni disolver, ni pudrir, ni destilar, ni sublimar, ni ninguna de nuestras operaciones. Sin embargo, no dejan de intentarlo, diciéndose a sí mismos: esta obra es la de la Naturaleza, a la que no necesitamos más que ayudar para que ella la acabe. Caminando así de ciegos y con tanta confianza, no pueden más que tropezar a cada paso que dan en tan oscuro laberinto.

Leemos en los Evangelios que no crecen Lirios de las Zarzas, ni higos en lugar de uvas; que según sea la semilla, así será el fruto; pero que un mal árbol no puede producir buenos frutos y que, por esto, debe ser cortado y arrojado al fuego; pero estas razones no les afectan y no por ellas están menos persuadidos de triunfar. Sin embargo, viendo el mal fin de su trabajo, deberían enmendarse y reconocer su culpa; pero, bien lejos de ello, lo atribuyen a algún accidente imprevisible y se dedican de nuevo, con más ánimo aún, a su necia labor. Pero dejemos a estos ignorantes hincharse a gusto de inútiles vanidades y no nos ocupemos más que de la elección de la materia debida y de su preparación.

No se trata tanto de analizar las sustancias de los tres Reinos como de examinar su composición para saber de qué se han formado. A primera vista esta dificultad parece insuperable. En verdad es grande, pero no tanto como se podría imaginar, pues:

1 No necesitamos para este trabajo ni Alambique, ni Retortas ni mucho menos Sales, Espíritus ardientes, ácidos o Corrosivos, etc.

2 Sabemos de sobra que todas las cosas de este mundo tienen un mismo origen y que no se diferencian entre sí más que por la mezcla de los Elementos, pero tal como los he descrito más arriba.

No nos queda más que, en tercer lugar, buscar exactamente el punto de su formación.

Considerad cómo el Cielo y la Tierra han existido en primer lugar; que el Cielo, sirviendo de agente o de macho, y la Tierra de paciente o hembra, dieron origen a todas las cosas. Sin embargo, no eran diferentes el uno del otro y no formaban en principio más que una masa tenebrosa y abominable, pero al haber sido separada de ella la luz y habiéndose establecido los dos, la masa se estremeció y dio señales de vida. Se formaron los Elementos; el Universo y todo lo que contiene apareció a continuación y este orden tan admirable de cosas subsiste desde esta época y permanecerá así hasta que plazca cambiarlo al Soberano Mediador.

La vida, tal como se la quiera considerar, no es más que un combate de dos sustancias o un cambio continuo de luz y tinieblas en el que una de estas sustancias toma alternativamente el lugar de la otra y hace unas veces la función de macho y otra la de hembra, de tal forma que, cuando quiere el divino autor, todo se transforma en pura luz o todo retorna a las tinieblas cimmériens [NT: Región brumosa y nórdica, actualmente Crimea], lo que hace ver que la luz y las tinieblas no son más que una misma cosa, cambiada de forma y de valor por el desarrollo o el estrechamiento de la sustancia, y de allí proviene una mutua atracción, de donde resulta, con el movimiento, la inversión elemental de la sustancia.

Qui habet aures audiendi, audiat.

Considerad ahora que de la misma forma y de la misma materia como el mundo fue creado, la obra de los sabios se actualiza y por esta razón ha recibido el nombre de pequeño mundo o Microcosmos. Así, os he dicho en pocas palabras todo lo que debéis hacer para realizar esta gran empresa.

Tomad pues la primera tierra, que no es más que una luz pura rodeada de tinieblas, y reducidla a sus principios con la piedra arrancada sin manos de la cima de la montaña, para reconocer en ella tres sustancias distintas que son: la sal, el azufre y el mercurio, las cuales están hábilmente unidas con las dos que forma la materia, a saber, el Cielo y la Tierra, formando una Quintaesencia admirable, cuyas virtudes son infinitas e incomprensibles.

Esta piedra maravillosa se apareció en sueños a Nabucodonosor, Rey de Babilonia, y llegó a romper y reducir a polvo una gran estatua que él veía de pie ante él y cuya cabeza era del oro más puro; el pecho, los hombros y los brazos, de plata; el vientre y los muslos, de bronce; las piernas, de hierro y arcilla, amalgamadas con semen humano, pero sin adherirse, como tampoco el hierro puede mezclarse con la arcilla.

Nabucodonosor, con razón asustado por esta visión, llamó a todos los magos de su Reino y les exigió, bajo pena de muerte, que adivinasen su sueño y le diesen una acertada interpretación. Ninguno de ellos pudo hacerlo. No hubo en todo el reino más que un joven llamado Daniel, lleno del espíritu de Dios, que pudo satisfacer su petición. (Daniel, cap.2, v.18)

Este sueño puede ser aplicado completamente a la Obra de los sabios y servirle de figura Parabólica. Veremos, por ejemplo, en los Magos de Babilonia, la turba de los falsos sabios esforzándose en vano por entender la ciencia, queriendo sin embargo convencer de que la tienen y conduciendo por caminos perdidos a los que se confiaban a ellos con demasiada buena fe; en Daniel, un hijo de la sabiduría, conocedor de todos los secretos de la Naturaleza y que puede dar una sana y verdadera explicación.

La estatua será nuestro Árbol Metálico, desde su punta hasta su raíz, en la cual aún se confunden Saturno, Júpiter y Mercurio como metales originarios. El hierro y la arcilla mezclados con el semen humano representaron la Obra de la Naturaleza en sentido figurado de artificial; y la Piedra cortada sin manos de la cumbre de la montaña que viene a romper los pies de la estatua y a reducirla a polvo impalpable será tomada por el rayo que lanza Júpiter o por la guadaña de Saturno, que debéis cambiar diestramente por el tridente de Neptuno mediante cierta clave que os daré, hasta que Plutón, mostrándose celoso y soplando desde el fondo de sus cavernas muestre, a su vez, su potencia, desecando las aguas y reduciendo el árbol a cenizas o polvo que sembraréis y de lo que obtendréis muchas piedras preciosas.

Los Antiguos, celosos de su secreto, han hablado de la materia bajo sus diversos aspectos, con el fin de engañar la credulidad de los avaros y de los ambiciosos que no sueñan más que poder y devastación. Han confundido el sujeto de la filosofía con su materia prima, que no se obtiene más que tras mucho tiempo y arduos trabajos. No participando de ninguna forma de su deseo, he querido haceros ver claramente este asunto tan buscado y lo he puesto adrede completamente al desnudo ante vuestros ojos, para dispensaros de buscarlo mucho tiempo más. Espero que sepáis agradecer mi franqueza y que saquéis de ella el mejor partido, aunque os advierto, sin embargo, que añadáis a mis palabras un

granito de sal, para hacéroslas más sensibles.

Ferrare describió este objeto como una piedra que no es tal, que es dura y blanda y que no tiene precio; pero si queréis creerme os interesaréis más por lo que ha dicho al respecto el conde de Trevisano, pues se ha mostrado menos envidioso que nadie, habiéndolo descrito con todo detalle en su *Arca Aperta* y habiendo hecho una descripción muy amplia de las materias que no son propias de nuestra Obra, en otra obra. A continuación os daré el consejo del ilustre comendador de La lumière sortant des ténèbres (La luz que sale de las tinieblas), M. Bruno de Lansac: «Elegid, dijo, una materia que tenga brillo metálico» y a esto añadiré: que no sea metal ni mineral; de otra forma, no serviría de nada. Sabréis por lo demás que este brillo no es más que el sello de la materia y lo que la revela a los ojos del sabio y guardaos de tomar el fruto en vez de la raíz, pues no solamente no está maduro, sino que, en una hipótesis opuesta, no os dará ni siquiera más que un arbolillo silvestre del que no sacaríais partido alguno.

La disolución es la primera cosa que debéis emprender, pues hay que desligar el cuerpo para enfrentar a los enemigos. Pues el fuego y el agua os serán aquí muy necesarios, tanto más que estos elementos son ya enemigos por Naturaleza y no piden más que probar sus fuerzas.

El espíritu, de que os he hablado más arriba, es un fuego vencido por el agua del que os serviréis para esto. Llenaréis de él el Vaso de Naturaleza y lo destilaréis a fuego muy lento para quitarle la flema. Encontraréis en el fondo algo de fijo, que os guardaréis de retirar. Verted encima más espíritu en la misma proporción y continuad así la destilación, hasta que el recipiente no pueda contener más y que todo permanezca fijo en el fondo. Continuando con el fuego al mismo grado notaréis pronto en vuestro vaso cierta agitación causada por un leve viento del Suroeste, que será seguida de una lluvia muy agradable a la vista. Al ir siempre aumentando el viento y la lluvia, no veréis en el vaso más que una especie de mar, que estará cada vez más agitada, hasta que por fin, pacificados los elementos, todo vuelva al orden de la Naturaleza. Pero el día deja sitio a la Noche, la oscuridad aumenta y el vaso es de un negro perfecto. Esta Noche es la quincuagésima y ha parecido triple a los marinos por culpa del cansancio que han sufrido. El día comienza a despuntar, el horizonte está nítido y sin nubes. El día será magnífico.

Esta forma de expresarse es común a casi todos los autores antiguos y no es raro encontrar lectores que toman estas afirmaciones al pie de la letra. Para ellos, el viento y la lluvia son realidades y su credulidad abarca los más pequeños detalles de la alegoría. Esta, que voy a volver a poner en su sentido correcto, les facilitará la comprensión de las demás.

El Vaso de Naturaleza es la tierra preparada, que hay que regar con su espíritu. Se le llama vaso y en efecto, lo es, ya que contiene. El espíritu que se le añade no es una cosa extraña, ya que todo ha salido de él y que nuestra tierra está formada de él. Por esto se dice «hacer entrar al niño en el vientre de su madre», lo que no se puede hacer más que desgarrándole las entrañas. Es necesario también que nuestra tierra sea dividida en sus más pequeñas partes, para sacar a la luz sus grandes riquezas y esto ocurrirá así si la regáis a menudo con su espíritu y la dejáis otras tantas veces secar. En esta operación se evapora la flema, pero el espíritu permanece y se incorpora con la tierra, que salifica hasta su completa saturación; entonces, no pudiendo ser contenido el espíritu que se añade, reacciona sobre el que la tierra ha fijado y lo obliga a disolverse, lo mismo que hiciera la sal. Por esto, esta disolución se compara con un mar y porque el espíritu que se

añade está unido a una humedad que altera y corrompe. De su mezcla resulta un movimiento de fermentación seguido de putrefacción y por consiguiente, de regeneración, porque la fermentación cambia la Naturaleza de los cuerpos y en la putrefacción no hacen más que cambiar sus vestiduras por otras nuevas y tanto más ricas y brillantes, cuanto el Espíritu motriz es de un origen más elevado.

La humedad que puede contener la materia, sin derramarla al exterior, es la medida que debe observarse para los empapamientos y lo que llamamos el peso de Naturaleza.

La materia que sirve de vaso sirve igualmente de horno, ya que el espíritu que introducís ahí es un fuego natural que la cuece y la digiere, por servirme, hasta el final, de expresiones filosóficas.

No son suficientes menos de cincuenta abluciones, pues cada ablución, hasta la perfecta disecación, es contada como un día natural o filosófico, de forma que nuestros días pueden durar una semana según la estación, la calidad y la cantidad de materia sometida al trabajo. El gran secreto de los Sabios para acortar el tiempo es dividir la materia, para que los días tengan menos duración.

Aunque no nos servimos de fuego corriente para nuestras operaciones, es sin embargo cierto que necesitamos una temperatura bastante elevada para que la evaporación pueda hacerse y que la materia no languidezca ni se pierda. Por consiguiente, es útil e indispensable, durante el invierno y en el lugar de trabajo, hacer un poco de fuego, pero no el suficiente como para que llegue a calentar a la materia, lo que sería peor que carecer de él. No es necesario que la temperatura pase de quince grados Reamur (18º C.)

Cuando se ha operado de esta manera y la materia se ha disuelto, al mismo tiempo se ennegrece. No se le añade en estas diversas etapas más que el espíritu necesario para mantener su fuego fermentativo; y cuando la materia comience a fermentar hay que dejarla a su propio fuego, hasta que alcance la blancura perfecta, a la que llega por sí misma.

La materia no es líquida como un Caldo, sino espesa y negra como la pez o el betún para el calzado; se hincha, se eleva en el Cubilete, produce Burbujas comparables a los ojos de los peces, y que no hay que pinchar, pues contienen el espíritu animador.

Después de la fermentación, la materia se hunde; entonces es brillante como la pez y de un bello color negro; es el signo de la putrefacción, que se llama «cabeza de cuervo». A continuación se deseca poco a poco y cambia a un color gris ceniza. Pronto aparece, alrededor del vaso, un círculo Capilar de la mayor y resplandeciente blancura. Este Círculo aumenta cada vez más hasta que todo sea de una blancura perfecta.

Antes de llegar esta blancura aparecen algunos colores sobre la materia, entre los cuales domina el verde, pero no son muy pronunciados y no son más que pasajeros y de poca duración. Se les compara, sin embargo, al Iris o Arco Iris. No adquieren un carácter muy pronunciado sino hasta las operaciones subsiguientes.

Habéis pasado revista, sin daros cuenta, a nuestras diferentes clases de fuegos; el primero, hasta la fermentación, es llamado baño maría, o de mar, porque no opera, de alguna forma, más que como una disolución salina. Al segundo se le llama calor de estiércol y ustedes saben ahora la razón de ello. Al tercero se le llama fuego de cenizas y

por último, al cuarto, fuego de Reverbero. Aún tenemos otras clases de fuegos, pero quien conoce los primeros conoce indudablemente todos los demás. Por otra parte, los iremos señalando de paso.

Notaréis aquí que este trabajo se parece al de los jardineros que riegan sus jardines. ¿Qué ocurre en esta circunstancia? La tierra vegetal que, como os lo he advertido desde el comienzo, no está formada más que de desechos de los cuerpos, se altera y se descompone por sequedad y humedad recesivas, y produce una sal y un espíritu de los que se nutre la Planta por medio del agua que absorbe y que es el conductor.

Vuelvo a la materia blanqueada y que aún está muy lejos de la meta a donde debéis llevarla. Sin embargo, se ha abierto la cerradura principal; no hay más que entrar en el santuario, pero siempre con precaución para no incurrir en falta y ser obligado a pararse en tan buen camino.

Este polvo blanco o materia regenerada es el Mercurio aún niño, al que hay que poner las alas de águila en la cabeza y en los talones, es decir, desde los pies a la cabeza, para que pueda volar y elevarse a la región más alta, que es el Cielo. Hay que sublimarlo tantas veces como en su disolución en el espíritu astral; dejará detrás una tierra que se precipitará y que tendréis que recoger con mucho cuidado. Filaleteo llama "águilas" a estas sublimaciones; igual que el mercurio adquiere cada vez gran sutileza y compara la tierra que el Mercurio tira detrás, con la cola que deja tras de sí el mercurio vulgar, mientras no está bastante purificado. "Lavad, dijo, vuestro mercurio y purificadlo mediante la sal y el vinagre hasta que no deje más cola tras de sí, deslizándose por una superficie plana". Sabremos pronto lo que él entiende por sal y vinagre, de lo que nosotros ya tenemos una idea.

Cuando se disuelve el Mercurio en el espíritu astral y cuando se ha separado la tierra por decantación y parcelación, para que nada de ello se pierda, se pone la disolución en un lugar fresco y se forma un depósito de tres sales, a saber: una, algodonosa, que nada en la superficie y que es el mercurio; la segunda, en forma de hebras y de naturaleza del Nitro, que está entre dos aguas; y la tercera, que es una sal fija y mineral que se deposita en el fondo.

En el estado en que se encuentra aquí el Mercurio extraería la tintura de los vegetales y haría con ellos una medicina. Es medicina por sí mismo, pues si de ello se pusiera el equivalente a un grano, al pie de un árbol casi muerto y se regase, tomaría un nuevo vigor; pero quedarse aquí sería como comerse el trigo cuando aún está verde: hay que continuar el trabajo.

En cuanto a las otras dos sales, se reducen a un mercurio semejante al primero cuando se continúa con la operación. A este propósito, cuando se han separado las sales se disuelve la segunda especie en el espíritu astral para regar con él la sal fija, disolverla y hacerla fermentar y pudrir. Y como no habría la cantidad suficiente para terminar la operación, se acaban los empapados con el Mercurio disuelto y se procede como la primera vez, mediante los pesos de naturaleza.

Si nos fijamos, el peso difiere aquí del primero, porque la tierra no necesitaba más que ser regada; pero aquí es necesario que la sal sea disuelta y fijada hasta que no pueda recibir más humedad y que fermente, que pudra y produzca los mismos resultados de más arriba, es decir, un Mercurio que lavaréis y de cual separaréis la tierra para unirla a la primera.

Para sublimar el Mercurio lo separaréis en dos, disolveréis una mitad con el espíritu astral y haréis abluciones, por medio de él, sobre la Parte fija, así como acabo de enseñaros. Continuad vuestras abluciones hasta la disolución perfecta y a continuación, dejad fermentar y pudrir como anteriormente.

Aquí tenéis el mercurio de la segunda águila; si llegáis así hasta la séptima, inclusive, este mercurio será muy adecuado para disolver el oro, y lo disolverá sin calor ni ebullición, y del modo en que el hielo funde en el agua caliente; lo llevaréis hasta la novena inclusive y le daréis toda la exaltación de la que sea capaz para poder producir mayores cosas. Pero os advierto que si queréis ir más lejos, se disolvería hasta el sílex por su simple contacto y no encontraríais recipiente para contenerla.

En cada sublimación o águila, separaréis la tierra negra feculenta como la primera vez, y la uniréis a la primera, para hacer con ello el uso que os indicaré en el segundo trabajo, pues el primero ha sido empleado por completo como si fuera nuestro mercurio: pero este exige más tiempo. Es también el más difícil, por lo que es comparado a los trabajos de Hércules, del cual no es, por lo demás, sino la justa aplicación. Y cuando se ha terminado, el resto no es visto más que como un trabajo doméstico y un juego de niños. En efecto, no se trata más que de lavar el latón o de hacer una argamasa, lo que se adapta muy bien a las mujeres que se ocupan de la colada o a los niños que hacen bolitas y muñecos de arcilla o de tierra mojada. Lavare et impastare, in hoc consistet magisterium sapientum.

La duración de esta gran e importante operación es aproximadamente de dos años normales. Y cuando está terminada, el aprendizaje de nuestra obra de albañilería, pues en verdad no es más que esto, acabado este aprendizaje, deja sitio al tiempo durante el cual se trabajaba de oficial antes de ser maestro, cuyas pruebas son menos largas y menos rudas.

Por último, tenéis ente las manos este Mercurio universal del que han hablado tanto los sabios; con su mediación podéis acometer la Naturaleza hasta el corazón y extraer las medicinas o tinturas de los tres Reinos, dándoles al mismo tiempo una fijeza y perfección que no podían tener. Este Mercurio es verdaderamente la fuerza de todas las fuerzas de las que ha hablado el sabio Hermes Trismegisto; es el dragón ígneo que destruye todas las cosas, el espíritu de vino de Raimundo Lulio y el vinagre del Cosmopolita. Disuelve y fija al mismo tiempo, pues proviene de la unión de dos fuegos opuestos uno al otro, aunque ambos tienen un mismo origen. El primero es un fuego ácido y frío, es el que disuelve y produce la fermentación; el segundo es alcalino y caliente, produce la putrefacción y fija el compuesto. Por esto, B.V., al final de sus *Douze clefs (Doce llaves)* os advertía para que distinguierais bien el frío respecto del calor, en la aplicación de vuestros fuegos.

Sin embargo, no es que el calor fermentativo provenga del álcali antes que del ácido, ya que no es más que un simple efecto del movimiento, como habéis debido notar al comienzo de este tratado, sino porque la presencia de tal álcali, la determina y la conserva durante la putrefacción.

Al no ser el Mercurio más que una semi-generación, hay que proceder ahora a la exaltación del Azufre. Así como hicieron Flamel y El Trevisano, podéis tomar láminas de oro y extraer de ellas la tintura, proyectándola en vuestro Mercurio que con anterioridad habréis disuelto. Esta vía no es la más noble, aunque sí la más corta; no se obtiene más que una tintura particular, pero el mercurio la universaliza en el trabajo y la conduce al mismo resultado.

Sin duda es mucho más noble obtener de la materia esta tintura universal. Entonces tomaréis pues todas vuestras tierras provenientes de las águilas y procederéis con ellas mediante nuevas imbibiciones con el espíritu astral, hasta que enrojezcan y lleguen a un color ocre. Es lo que los filósofos llaman la calcinación. El Mercurio disuelto y proyectado encima producirá la extracción de la Tintura, por medio de la cual podréis proceder al Matrimonio Filosófico que ocasionará la perfección de la obra y terminará los trabajos, salvo la multiplicación que no es más que la repetición abreviada de ellos.

Esta Tintura es la corona del Rey, que debéis sacar de las cenizas, porque el sabio Pitágoras y después de él otros varios, han repetido: «No despreciéis las Cenizas, porque en ellas se encuentra encerrada la corona del Rey» De ahí proviene la costumbre de conservar la ceniza de los muertos. B.V. dice en su prefacio «que la corona del Rey sea de un oro muy puro» y por otra parte dice: «Es una corona sacada de las cenizas» El oro es esta tintura de la que hablamos y la ceniza es la tierra de las águilas que habéis puesto aparte.

También es necesario que sepáis que el Mercurio, que hace la extracción de esta Tintura, es llamado Agua seca que no moja las manos, porque, aunque no sea más que una sal que no moja, tiene solamente la virtud de disolver todos los cuerpos, así como el agua hace con las sales y las gomas. En apariencia, se dice que el agua es un disolvente, pero, de hecho, no hace más que dividir. La disolución no ha tenido lugar en toda la naturaleza más que por medio de la fermentación, mientras que el Mercurio la produce en las mismas ocasiones; pero en las cosas más elevadas, donde la presencia del agua produce un efecto nulo, él cumple las funciones, y no hace como ella, que separa los cuerpos o sustancias para enfrentarlas, sino que les hace sufrir la fermentación, única causa de disolución. Por lo demás, la disolución no es en sí misma más que una división más extensa de los cuerpos, o una disyunción absoluta, y la mezcla exacta de todas sus partes. En esta circunstancia ocurre que las partes separadas y de naturaleza opuesta entre sí, al encontrarse, chocan entre ellas y se entregan a una especie de combate al que hemos dado el nombre de fermentación, después de lo cual se unen de nuevo, pero tras haberse purgado de lo que les era extraño y que causa la corrupción e impide que la unión sea perfecta; pero después de su total separación, la unión es tan íntima que todos los esfuerzos de la Naturaleza por separarlos serían nulos e insuficientes. Así serán los cuerpos y las almas de los justos después del juicio y su purificación.

Después de la extracción de la Tintura queda detrás una tierra refractaria a la que llamamos tierra maldita, porque, como el pecado, es causa de muerte y sufrimientos. Hay que eliminarla con cuidado, pues es ella la que impide la capacidad de penetración de la tintura y causa aquí abajo la antipatía y enemistad entre los seres.

La ebullición que ordinariamente acompaña a la fermentación se representa en nuestros libros como un combate entre dos campeones, uno de los cuales debe ganar al otro y darle muerte; pero no hay que tomar [esto] completamente al pie de la letra. Esta ebullición no debe atribuirse más que al escape de los gases que buscan equilibrarse, bien sea por mezcla o por extensión.

Igualmente, cuando hablamos de Sello Hermético no hay que entenderlo como el cierre exacto del recipiente: cierre idiota y que sería más perjudicial que útil, teniendo en cuenta que impediría la manipulación como también la separación y conjunción (unión) de las sustancias en los tiempos y proporciones debidos. Llamamos así a la reunión de varias sustancias en una sola, de manera que no se las pueda separar, pues entre nosotros o en

nuestro lenguaje, abrir es la misma cosa que disolver, y cerrar, la misma cosa que fijar. Tenemos siete sellos que corresponden a siete cuerpos planetarios y que, conocido uno, se conocen todos los demás.

También nos servimos de muchos términos familiares a la química vulgar; es necesario saber, de una vez para siempre, que destilar, cohobar, sublimar, calcinar, reverberar, incinerar, etc, no son entre nosotros, desde el principio hasta el final, más que una sola y única operación, que consiste en disolver y coagular, lo que es igual que mojar y secar y que sabe hacer cualquier aprendiz.

Ahora que tenéis la solución de los principales enigmas que oscurecen nuestro lenguaje e impiden con ello, o al menos retrasan su comprensión, voy a explicar qué es nuestro casamiento filosófico entre *Beya* y *Gabertin*. Debéis saber ahora que la Tintura roja, que es el azufre fijo de los filósofos y al que ellos llaman una veces león, otras, espíritu de vino o vinagre muy agrio y a veces oropimente, desempeña aquí el papel de macho y se le llama Gabertin. El Mercurio o la Tintura blanca, a la que llaman Luna, plata, Aguardiente, arsénico, magnesia, Tierra foliada, etc, hacen aquí el papel de hembra y es llamada Beya.

Hay que saber todavía que estas dos sustancias, Azufre y Mercurio, a las que el Pequeño Campesino llama las dos flores, no constituyen juntas más que un solo mercurio, llamado hermafrodita, o más bien andrógino, que significa macho y hembra; que en la operación que voy a describir hacen alternativamente ambas funciones; que por consiguiente, a menudo han dado a uno y a otro, los mismos nombres, pero particularmente el de Mercurio, haciendo sin embargo una pequeña diferencia esencial a conocer; ponen entonces delante del nombre de mercurio, la palabra primer, para expresar la tintura blanca. Llaman a ésta León Verde, y al Azufre León Rojo. Llaman al Mercurio, aguardiente, vinagre, arsénico, magnesia, luna y plata; llaman por justa comparación y proporción a la tintura roja, espíritu de vino, vinagre muy agrio, oropimente, rejalgar, oro vivo, sol, etc.

Como última observación, os señalaré que el mercurio no es más que una sal invertida en esta sustancia mercurial; que el propio azufre jamás está sin sal y tampoco la sal sin mercurio, lo que os hará ver, de forma evidente, tres sustancias en una, a estas sustancias las llamamos por comodidad, *Sal, Azufre y Mercurio*.

Para proceder al casamiento filosófico, separad en dos vuestra tintura roja y dejad secar una parte de ellas, poniendo la otra aparte para cuando se necesite. ¡Qué cantidad de personas han fallado por no haber tenido esta precaución!. Han creído que blanquear el rojo, y enrojecer el blanco no eran más que una continuación ordinaria y necesaria de la marcha de la Gran Obra, y que todo esto se hacía por sí sólo. Que sepan pues que el rojo se nutre del blanco y el blanco del rojo; que el blanco es tomado como la leche con la que se alimenta al recién nacido, o como el Vestido Virginal. En cuanto al rojo, expresa o el aumento del fuego o el cambio de ropas y es tomado por algunos como el Manto Real.

Por lo tanto procederéis a efectuar las imbibiciones sobre una mitad de vuestro azufre que habréis dejado secar, con el mercurio blanco, según los pesos y medidas que ya utilizaron y continuareis así hasta la completa saturación y que la materia permanezca líquida en el fondo del vaso, es decir, fangosa. Si habéis procedido bien, en cuarenta días obtendréis la disolución del cuerpo, y a continuación seguirán la fermentación y la putrefacción.

En la fermentación, la materia se hincha, se eleva y hace un ruidito como el de un hervidero, y cuando tiene a bien llegar la putrefacción, la materia se hunde y ennegrece. Solamente está en plena putrefacción cuando llega a la negrura perfecta, llamada cabeza del cuervo. Esa es únicamente la materia prima de nuestra Obra, materia que no se encuentra en parte alguna de la tierra de los vivos, que sin embargo no se crea, pero que se dice haber volado por encima de nuestras cabezas, debido a que, por haber sido sublimado nueve veces el mercurio, el Azufre se ha elevado también por encima.

Los filósofos toman la disolución para el reinado de Mercurio; durante este reinado se unen entre sí nuestros principios metálicos, pero en este caso, como accesorios [N.T.: preliminares, fuera de la Obra]; no es sino solamente en el reinado de Saturno o durante el ennegrecimiento que comienzan a contar, o toman el inicio de la obra, porque los tres principios están unidos de una forma irrevocable y el Sello de Hermes está realizado. Es el recipiente de Naturaleza lo que hay que cerrar y no un huevo de cristal o de cualquier otra materia; y el cierre no se entiende referido a la garganta de un recipiente para que no pueda penetrar el aire en él, sino a la unión íntima de la sal, el Azufre y el Mercurio, de manera que no se puedan separar por ningún método.

No se necesita ningún fuego externo para llegar a la blancura: al secarse la materia llega por sí misma a esta situación. Primero, toma un color gris ceniza, comparable al Estaño, que se llama el sello de Júpiter; a continuación, va gradualmente alcanzando la blancura, pero antes de llegar a este punto se aperciben circularmente sobre la materia diversos colores rojos, amarillos, azules y verdes comparables al iris o al arco iris y que otros llaman la cola del Pavo Real. Estos colores, que apenas si duran, son reemplazados por una película de color pardo negruzco que se estría por desecación y deja ver la materia de un color gris: enseguida se nota en los bordes del recipiente un círculo capilar de una gran blancura; entonces, el Reino de Júpiter que anunciaba el color gris y que los filósofos comparan al fuego de cenizas acaba por dejar sitio al de la Luna. El círculo se agranda sucesivamente hasta alcanzar la blancura perfecta de la materia que los filósofos llaman con razón Luna o Plata ya que un peso de esta medicina blanca proyectado sobre 10 de plata y a continuación sobre 100 de otro metal imperfecto, transmuta este en plata más pura que la de las minas.

La plata empleada en esta circunstancia hace aquí el papel de fermento y sin ella no habría transmutación; en este sentido es como hay que entender lo que dicen los Sabios: que sin oro, no puede hacerse ningún oro; ellos quieren hablar del fermento.

Esta tierra blanqueada tiene el aspecto de un polvo brillante de diamante y se divide en pequeñas láminas, por cuyo motivo los sabios la han llamado tierra hojaldrada, en la que recomiendan sembrar su ORO; como vemos, no es más que una semi-generación y por eso hay que continuar el trabajo si se quiere llegar a la perfección.

Hay que cultivar a esta tierra cuanto sea necesario antes de sembrar en ella el oro, pues de otra forma no fructificaría.

Por tanto, se vuelve a comenzar con las imbibiciones con el mercurio blanco, según la medida observada anteriormente. Con la ayuda de un fuego muy controlado la materia cada vez se hace más sutil, se cubre de verdor, tras lo cual comienza a amarillear y toma un olor anaranjado que no se podría sobrepasar si no se aumentase el fuego.

Este verdor tan cantado por los poetas y tan recomendado por todos los filósofos es el reino de la bella Venus, al cual sucede el de Marte, que es el color anaranjado.

Recordad que habéis hecho dos partes de vuestra tintura Roja; acabáis de blanquear la primera y ahora hay que enrojecerla. Tomad pues la Tintura reservada, disolvedla proyectándola sobre el mercurio filosófico y proceded con esta tintura a las imbibiciones, hasta que la materia llegue a un bello color rojo púrpura y oscuro de adormidera.

Tal es la medicina del primer orden, tanto al Blanco como al Rojo, que cura todas las enfermedades cuando se la utiliza sin adición de metal, en un vehículo adecuado a la enfermedad, conforme a la prudencia requerida y que, con la adición, como fermento, de los dos metales perfectos, transmuta en oro o en plata todos los metales imperfectos, tales como el cobre, el plomo, el estaño, etc.

Con anterioridad a intentar una proyección es necesario probar la materia sobre una hoja de cobre enrojecida al fuego. Si funde sin humo, está en el estado deseado; en otro caso, habría que continuar el fuego.

MULTIPLICACIÓN

La Multiplicación no es otra cosa que la repetición de toda la Obra a partir del casamiento filosófico. Solamente hay que tener cuidado de partir en dos su materia: en el Círculo de la blancura y en el de la rojez, para poder proceder a los empapados sobre la mitad restante con padres de la misma sangre. El Mercurio, así como la tintura Roja en su primer estado, serían aquí demasiado imperfectas para que pudieran unirse a nuestra medicina.

Tened cuidado en cada disolución por Mercurio, de separar una tierra réproba que se precipita y que rechazaréis sin escrúpulos, por cuanto que es absolutamente refractaria e impide la penetración de la materia en los metales.

Con todas las condiciones que he descrito aquí arriba, sin omitir nada, llegaréis seguramente a la meta tan deseada de la Filosofía.

No obstante, no busquéis sobrepasar el número sagrado de nueve, pues la materia, por fija que esté, habría adquirido tan gran fluidez y dilatación que ningún recipiente podría contenerla y se perdería por completo.

Sobre esto, hermanos míos, agradeced a Dios el don que os ha dado, como yo le agradezco haberos sido útil en vuestros propósitos, si son rectos, y deseo que permanezcáis en los senderos del bien.

FIN

ESCOLIOS

Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua un escolio es:

- escolio. (Del lat. scholum, y este del gr. σχόλιον, comentario). m. Nota que se pone a un texto para explicarlo.

Así pues, los Escolios puestos inmediatamente detras de las Recreaciones Herméticas, constituyen un comentario o una anotacion al texto anterior, que dilucida o aclara y con esa intención los colocó ahí el autor. Por este motivo creemos conveniente la inclusión de los Escolios en este lugar.

Como dijimos en las Recreaciones Herméticas, ambos textos permanecieron en forma manuscrita un largo tiempo, apareciendo luego de forma separada en diversas ediciones. Los escolios aparecieron por primera vez en la revista La Tourbe des Philosophes, y posteriormente junto a las recreaciones en el libro de Pasquier.

ESCOLIOS

1º Todo era agua desde el principio: el Universo y todo lo que encierra ha salido de las Aguas.

2º El Agua es un compuesto de diversos principios; si esto no fuese así, no experimentaría fermentación ni putrefacción.

3º El Agua fermentada, podrida y seca forma un barro al que se puede llamar Agua seca.

4º Este Barro, esta Agua seca, es la arcilla de la que se ha formado el Coloso del mundo.

5º La Arcilla es una Tierra untuosa, gris y pesada de la que se hace el Ladrillo.

6º La alcalescencia y no la grasa forma su untuosidad y la convierte en jabonosa.

7º Esto es lo que la vuelve miscible con los cuerpos grasos, pero no de una manera íntima: con el mínimo calor, la grasa se separa.

8º La Arcilla no es pues formalmente un Álcali; pero tiene una cualidad cercana a su naturaleza. Se considera el intermediario.

9º Pasa a menudo al estado de tiza o de cal, pero de forma imperfecta, conserva en mayor o menor parte su forma primera.

10º Las tierras amarillas, rojas, verdes, etc., son de esta Naturaleza, pero con la adición de Tintura mineral.

11º Esta Tintura se produce por mutación de una parte de la tierra primera en vitriolo de la naturaleza del hierro o del cobre.

12º La doble acción del Espíritu aéreo y del espíritu mineral operan estas diferentes mutaciones.

13º El Espíritu Astral, aéreo y universal, introducido en este sujeto, según su pureza, le da una forma más o menos noble.

14º La piedra, el mármol, las sales, los Cristales y los Minerales proceden de esta Tierra.

15º La Arcilla es la matriz natural y primera del mundo entero: el Espíritu astral es su semilla.

16º El Espíritu astral es inequívocamente la luz del Sol y de los astros, de los que están llenos el aire y los dos. (¿¡el aire y el cielo!?)

17º En nuestro sistema terrestre, el sol es el padre de este espíritu y la Luna su madre.

18º Se dice que la Luna es la madre del Espíritu astral, porque su Luz vivífica procede del Sol.

19º A pesar de que todos los astros juntan allí su luz, su verdadero nombre es el Espíritu universal.

20º Es necesario que este espíritu, que es un fuego, sea disuelto por otro fuego y se convierta en Agua.

21º Se recoge este Espíritu en el gran mar de los sabios, que es el aire, por medio de un acero mágico que es de una misma naturaleza.

22º El fuego central contenido en todos los cuerpos es un acero mágico.

23º Esta palabra mágica os hace ver que no es un verdadero acero, sino que se le llama así por comparación.

24º Todos los cuerpos vivos atraen el aire para su sustento. En el reino animal es donde esta atracción se hace más visiblemente.

25º Tan pronto como el espíritu astral es atraído, es reducido a agua de la que los sabios hacen su fuego secreto.

26º Aunque todos los tiempos sean propicios para esta atracción, la primavera es la estación más conveniente y a continuación, el otoño.

27º En estas dos épocas, la Naturaleza se regenera y el aire está más cargado de este espíritu vital.

28º Al ser la Luna la madre de este espíritu, solamente nos lo da cuando ella luce.

29º Por consiguiente, mientras más intensa es su luz, más abundante es este espíritu.

30º La Tierra es redonda y su movimiento va de occidente a oriente.

31º Empujado el espíritu hacia los Polos por este movimiento, y no encontrando su descanso más que hacia el Norte, se refugia ahí.

32º Siendo el Norte su patria, la cosecha debe hacerse en esta región de la atmósfera.

33º Tan pronto como el Sol aparece en el horizonte, aleja el espíritu y hay que dejar el trabajo.

34º Esaú vendió a Jacob su derecho de primogenitura por una fuente de lentejas; es necesario dividir así su tierra.

35º Hay que hacer llover sobre esta tierra el rocío del cielo, es decir, el espíritu, y que ella se empape de él.

36º Que la tierra no esté ni demasiado regada ni tan siquiera bastante, pero que permanezca mojada.

37º Lo que la tierra puede contener de humedad es el peso de la naturaleza. La tierra que contiene es el recipiente.

38º No hay que devolver el agua a la tierra más que después de su perfecta disecación.

39º Mojar y secar componen el día natural.

40º Cada humectación se llama cohobación y cada disecación, destilación.

41º En cada empapado el fuego central retiene la porción espiritual del fuego Secreto, la flema se disipa totalmente.

42º O más bien el ácido y el Álcali no se casan para no separarse, a causa de la conformidad de su Naturaleza.

43º En tanto que el Álcali domine, dura el reino de sequía: pero el ácido predominante hace a su vez reinar a la humedad.

44º La prevalencia del ácido comporta la disolución del cuerpo y ocasiona la fermentación.

45º Esta fermentación no es más que un combate entre el ácido y el álcali, durante el cual se matan el uno al otro.

46º Sin embargo, el ácido ha superado al fijo ya que lo ha llevado a disolución; pero el fijo ha vencido también al espíritu volátil que permanece inactivo.

47º De la unión del ácido y el álcali se forma una naturaleza andrógena o hermafrodita.

48º Terminada la fermentación, la Putrefacción viene a continuación y pone el Sello al primer trabajo.

49º Hubo 50 Neréidas o diosas de las humedades 50 hijas de Danaus que se casaron con los 50 hijos de Egipto.

50º Es preciso 50 abluciones del espíritu sobre la tierra o 50 casamientos del ácido y el álcali, del cielo con la tierra, para obtener la disolución.

51º Al hacer el álcali la función de hembra, vence 49 veces a su macho que es el espíritu; pero a la 50ª, faltándole las fuerzas, permanece unido.

52º Se terminan las abluciones tan pronto como se presente la fermentación. Se compara este fuego al baño Maria.

53º El calor aumentando durante la putrefacción se compara al del estiércol.

54º La unión se efectúa solamente en la putrefacción. Los principios encerrados en una sola sustancia no pueden ser separados y es lo que se llama Sello Hermético.

55º Del carbón, que es negro, se hace la ceniza gris y de esta ceniza se saca una sal mediante la continuación del fuego.

56º El cuerpo ennegrecido por putrefacción se convierte en gris y es comparado con las cenizas, a continuación blanco y es la verdadera sal de naturaleza, de donde el salitre de los sabios, es decir, la Sal de su piedra. (Nota del T.: Salitre = salpêtre, sal de piedra.)

57º Los sabios comparan aún su materia con el jabón, porque independientemente de sus propiedades particulares, es como el jabón compuesto por un álcali al que se une la grasa del Azufre.

58º En la ceniza, dicen los sabios, está encerrada la Diadema de nuestro joven rey; en la tierra restante, después de la extracción de la sal está el azufre.

59º El azufre se manifiesta en esta tierra mediante su cocción con nuestro espíritu o fuego Secreto.

60º Los filósofos llaman fuego externo a la administración del espíritu al cuerpo, del ácido al Álcali, o la excitación producida entre la sal y el húmedo.

61º Geber definió la sublimación como la elevación por el fuego de una cosa seca con adherencia al vaso, para expresar la putrefacción y exaltación de la sustancia, el fuego, la cosa seca y el recipiente que son, juntos, una misma cosa.

62º La sal de los sabios necesita ser exaltada para convertirse en su mercurio. Ellos cuentan nueve sublimaciones.

63º Las sublimaciones se hacen como el primer trabajo, por la administración del fuego externo.

64º El mercurio debe ser hecho por el Mercurio, es decir, que el fuego debe ser de la misma sustancia que el cuerpo sometido al trabajo.

65º Para que esto sea así hay que disolver en el espíritu una parte de la sal para hacer las Imbibiciones.

66º A este efecto, se hace, en cada sublimación, dos partes de su Sal; una permanece seca y se disuelve la otra para embeber.

67º Se hace así una nueva disolución, fermentación y putrefacción tanto más rápida cuanto la sal sea de más elevada dignidad.

68º Estas sublimaciones a las que Filaleteo llama « sus águilas », no pueden sobrepasar el número de nueve.

69º A cada sublimación de la Sal de naturaleza o mercurio, se separa siempre, por medio de la disolución, un poco de tierra que hay que juntar a la primera.

70º Todas estas tierras reunidas son las que se ponen con nuestro espíritu, para obtener el azufre.

71º En esta cocción no hay disolución, ni fermentación, ni putrefacción a esperar; el cuerpo no hace más que enrojecer cada vez más y llega a un color pardo que es el último.

72º Para tener esta Tintura de color sangre que es el oro solar, o el vinagre muy ácido, o espíritu de vino de Raimundo Lulio etc., hay que verter sobre la tierra roja el Mercurio filosófico a la altura de dos o tres dedos; entonces ella se separa despacio y flota sobre el mercurio como una Quintaesencia.

73º Cuando se disuelve con el espíritu astral la sal que es el mercurio, hay que poner la disolución en un lugar fresco; el mercurio se concentra entonces en la superficie del espíritu con aspecto de crema, pero es una sal o un agua seca que, aunque líquida, no moja las manos.

74º En el espíritu quedan dos especies de sales diferentes al mercurio: una sal nitrosa y un sal fija.

75º Haciendo experimentar a estas sales el trabajo de las águilas y trabajándolas una con otra, ambas llegan a una perfecta forma mercurial.

76º Hay dos caminos para obtener el azufre: la vía húmeda y la vía seca.

77º La vía húmeda es la que acabo de enseñar. Es la más larga, pero la más noble, por motivo de las dificultades vencidas.

78º La vía seca, como la siguieron Flamel y B. Trevisan, conduce a la meta; aunque particular.

79º Consiste en separar la Tintura del oro común con el mercurio de la 7ª águila.

80º Se gana así en breve dos sublimaciones del mercurio y la cocción entera de la tierra de las águilas.

81º Cuando se ha procedido por la vía húmeda hay que volver a tirar la tierra que queda después de la extracción de la Tintura. Es una tierra réproba y perjudicial.

82º Cualquiera que sea la vía que sigáis, hay que proceder al casamiento del Azufre y del Mercurio.

83º Lo que vais a casar juntos son Nuevos Cielos y una Nueva Tierra, que producirán una nueva Jerusalén con un rey muy poderoso.

84º Tomad una parte de vuestro Azufre o Tintura, dejadla secar y de ella se formará una tierra dulce y agradable al tacto, de color rojo pardo.

85º Haced imbibiciones con el Mercurio, como en la primera operación, siguiendo el peso de Naturaleza.

86º Después de 40 imbibiciones que son reputados 40 días, el cuerpo se disolverá, fermentará y pudrirá.

87º Estas dos Tinturas, una roja y otra blanca, son las que el Pequeño Campesino llama sus dos flores y que otros han llamado Gran y Pequeña Lunaria.

88º Hay que llevar esta tintura roja hasta la blancura esta tintura roja, mediante imbibiciones con el mercurio.

89º Estas imbibiciones deben hacerse de manera que la tierra permanezca firme, aunque mojada.

90º La Ciencia permanece en los principios; pero el arte consiste en saber disolver y pudrir.

91º Es maestro aquél que ha alcanzado el grado de putrefacción, pues aunque sea el más bajo de la Obra, es reputado como el más elevado como consecuencia de las dificultades que presenta para conseguirlo.

92º Se ha dado el paso más importante para llegar a la blancura, que es una medicina soberana contra toda clase de males.

93º No es que no queden algunas dificultades por vencer, pero no son insalvables.

94º No se llega a continuación a la blancura; antes hay que disolver y ennegrecer.

95º Es necesario que sea una disolución radical, que el cuerpo sea reducido a sus partes más menudas, aunque no sea semejante al agua de río o semejante.

96º Algunos filósofos han hablado sin razón de ennegrecer el blanco, pues aunque la blancura sale de la negrura, es el rojo, sin embargo, el que lo ha blanqueado, y el mismo, por consiguiente, el que lo ha ennegrecido.

97º Por lo demás, esta negrura es un velo tenebroso que cubre la blancura tan bien como el rojo.

98º Se llama a la disolución el Sello de Mercurio, el baño María, y el baño del Rey. En cuanto a la putrefacción, de la que la negrura es el símbolo, es el estiércol de chivo o de caballo y el Sello de Saturno.

99º La disolución es tomada por unos como la materia prima de los sabios y por otros como la putrefacción, en consideración a la reunión esencial e inseparable de las dos sustancias.

100º Sea lo que sea, la disolución es propiamente el caos de los sabios, en el cual el Cielo y la Tierra están contenidos y la putrefacción es su principio material.

101º Solamente al cabo de 40 imbibiciones el cuerpo de disolución fermenta y se pudre.

102º Se llama Cabeza de Cuervo, Saturno o Plomo de los filósofos a este primer ennegrecimiento.

103º Como en el 1er trabajo, se deja de administrar el fuego externo cuando la disolución está entera.

104º La materia se conduce por su propio fuego hasta el círculo de blancura que es la luna de los filósofos, Diana, Latona o el Latón blanqueado.

105º El blancor comienza por un círculo capilar que se extiende cada día hasta el centro; pero antes de llegar a la blancura, la materia pasa del negro al gris, que es el color intermedio y al que se llama el fuego de ceniza y el Sello de Júpiter.

106º El paso del gris al blanco está marcado por la aparición de varios colores, entre los cuales domina el verde: lo que ha hecho dar a la blancura el nombre de León verde.

107º Los sabios llaman a estos colores, Iris o Cola de Pavo Real.

108º Se compara este trabajo, hasta el blancor, con el fuego de Reverberación.

109º La blancura, que hemos dicho ser el reino de la Luna, no es más que una semi-generación. Los sabios la llaman tierra hojaldrada por dos razones principales.

110º Una es que cuando se la mira de cerca, se parece a hojas de Talco brillante.

111º En segundo lugar, es que la putrefacción que acaba de pasar es el símbolo del invierno durante el cual la tierra se cubre de hojas, de las que se forma una nueva tierra en primavera, cuya tierra es llamada tierra de hojas.

112º No pudiendo ir más lejos la materia por su propio fuego, es necesario volver a comenzar el fuego externo.

113º Para prepararse de antemano para la multiplicación, hay que separar la materia en dos.

114º Se deja al lado una parte y se lleva a la otra al rojo, continuando el trabajo.

115º Se retoma pues aquí el trabajo de las imbibiciones (empapados) con el mercurio, cumpliendo [observando] los pesos de Naturaleza.

116º Es preciso que, como la primera vez, la tierra permanezca completa en el fondo del vaso.

117º La materia pierde poco a poco su blancura y alcanza un color verde comparable al Vitriolo, y que se llama el Sello de Venus.

118º Mediante la continuidad del fuego adquiere un color amarillo azafranado, que es el sello de Marte.

119º Como la materia no puede adquirir un mayor enrojecimiento mediante el mismo grado de fuego, hay que aumentarlo.

120º Se aumenta el fuego empapando el cuerpo con mercurio Rojo previamente reservado.

121º Se continúa así hasta que la materia haya adquirido un Rojo pardo.

122º Antes de llegar a esta rojez oscura se pone de un bello color púrpura.

123º Cuando la materia llega al rojo pardo muy oscuro es verdadero ORO fluido de los sabios, su sol medicina universal.

124º Salvo las multiplicaciones, no hay más dificultades a vencer.

125º Poseemos dos medicinas, una blanca y otra roja, para curar toda enfermedad.

126º Estas dos medicinas no son solamente útiles a los hombres, sino también a los vegetales y a los minerales.

127º Un árbol casi muerto regado con agua en la que se haya disuelto un solo grano pesado de esta medicina resucitará, florecerá y fructificará.

128º Con esta medicina se hace una infinidad de maravillas por encima del poder natural.

129º Si arrojáis un grano de medicina blanca sobre diez de buena plata, el conjunto será medicina, de la cual un grano transmutará 100 de metales imperfectos en plata mejor que la de las minas.

130º Un grano de medicina roja proyectado sobre oro bueno fundido producirá oro en la misma proporción.

131º Para hacer perlas más gordas y más bonitas que las naturales no es necesario más que disolverlas con el mercurio y molerlas a continuación.

132º De la misma manera se aumenta el peso y la belleza del Diamante y de las piedras preciosas.

133º Se hacen Rubíes artificiales más brillantes que los naturales, mediante la adición de la tintura Roja.

134º Pero solamente Dios puede devolver la vida a los cuerpos muertos.

135º La tintura Roja es el séptimo y último Sello de Hermes que pertenece al Sol.

136º Se procede a la multiplicación con parientes de una misma sangre.

137º Llamamos parientes de una misma sangre a las tinturas blanca y roja de una misma operación.

138º El mercurio que no ha sido apareado con la tintura roja no es apropiado para multiplicar.

139º Las medicinas blanca y Roja de 1er grado son parientes de la misma sangre y pueden multiplicar.

140º Con esta intención se separan las medicinas en dos, en los Círculos de blancura y de rojez.

141º Se procede a la primera multiplicación tomando una parte de tintura roja que se disuelve con la blanca que se había reservado.

142º Primeramente es necesario disolver la blanca con el mercurio para proceder a las imbibiciones.

143º Entonces se vuelve a comenzar el primer trabajo con las mismas condiciones y cumpliendo el peso de Naturaleza.

144º Separado lo puro de lo impuro se ahorra cada vez la mitad del tiempo de la operación.

145º La proyección de esta segunda medicina se hace sobre 100 de plata o de oro, como fermento, y a continuación sobre mil de los metales imperfectos.

146º Como el peso y la virtud de la medicina se multiplican por diez en cada multiplicación, una onza, en la novena, transmutará un millón en un muy puro metal de oro o de plata.

147º La virtud de esta medicina es tan grande que en un instante puede cambiar de aspecto toda la Naturaleza sublunar.

148º Esto es para que los malvados no alcancen lo que los sabios mantienen tan oculto.

149º Pasada la novena multiplicación la medicina no puede ser contenida; fluye a través del vaso como el aceite a través del papel.

150º La Obra entera se acaba en 150 días, a excepción de las multiplicaciones que pueden llevarla a doscientos.

FIN